

LA PSICOLOGÍA DE CRISTÓBAL COLÓN

Y LA DE LOS HOMBRES DEL VIEJO MUNDO
QUE AL NUEVO VINIERON EN LA ÉPOCA
DEL DESCUBRIMIENTO Y DE LA CONQUISTA

Conferencia sustentada por el socio Dr. Ezequiel A. Chávez, en la sesión del 11 de octubre de 1937 del ciclo de las dedicadas por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística a temas de Historia y Geografía y a próceres de las guerras de Independencia de la América.

1.—Es mi propósito considerar aquí los siguientes problemas: I.—¿Qué pensamientos, y por lo mismo qué conocimientos, qué sentimientos, qué propósitos movieron a Cristóbal Colón a iniciar y a realizar su gran viaje?

II.—¿Qué correspondencia hay entre lo que él pensaba que fuera el Mundo y lo que ahora creemos que es?
III.—¿Cuál era la condición psíquica en que se encontraban los contemporáneos de Colón antes de que el descubrimiento se efectuase, y cuál, cuando tuvieron noticias de él?
IV.—¿Cuándo y cómo se rectificaron las ideas por las que Colón llevó a cabo su empresa? V.—¿Cómo el viaje de Vasco de Gama a la India contribuyó a cambiar la actitud de los conquistadores del Nuevo Mundo para con los aborígenes de éste, y cómo y por quiénes esa actitud tornó a cambiar? y VI.—¿Qué es lo peculiar y único de la hazaña de Colón y cuál su trascendencia?

— I —

¿Qué pensamientos, y por lo mismo, qué conocimientos, qué sentimientos y qué propósitos movieron a Colón a iniciar y a realizar su gran viaje?

2.—Para responder a estas preguntas hay que recor-

dar, desde luego, con César de Lollis, que el genovés extraordinario a quien se debe el descubrimiento de la América fué aquél que prorrumpió en esta impetuosa exclamación: "Pónganme el nombre que quieran", es decir, júzguenme y digan de mí lo que quieran: David, rey sapientísimo, fué guardador de ovejas, y después Rey de Jerusalén; Yo soy siervo de aquel mismo Señor que a tal condición lo encumbrió". ¿No reconoció con esto su origen humildísimo el que vino a ser el hombre por quien la historia del mundo se ha trasmutado, y no expresaba así su orgullo de ser servidor del que levanta a los míseros?

Tejedor de lana su abuelo; tejedores de lana sus tíos; tejedor de lana y tratante en pequeño en quesos y en vinos, su padre, que acosado a menudo por sus acreedores luchaba, sin cesar por enderezar su siempre declinante fortuna, ¿qué pudo ser en sus primeros años su hijo primogénito, Cristóbal, sino tejedor de lana, aunque lo niegue su descendiente D. Fernando? César de Lollis, cuyo nombre mencioné ya, uno de los esclarecidos investigadores a los que debemos la monumental **Colección de Documentos y estudios de la Real Comisión Colombina** que se constituyó en Italia con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de la América, resume en dos palabras lo que a este respecto sigue aconteciendo: "En las familias de los campesinos y de los artesanos", como lo era la del gran descubridor, "no se consultan las inclinaciones de los hijos: como se hereda el oficio, se hereda, con todas sus particularidades, el género de vida".

Tejedor de lana fué en su niñez, y tejedor de lana y tratante en vinos en su adolescencia el genovés ilustre; y asociado a su padre compareció en juicio ante jueces y acreedores; su visión, empero, y su pujanza, llevadas al principio en hombros de su padre, pudieron ser pronto mayores que las de éste: si éste había limitado sus andanzas en provecho de sus pequeños negocios a breves diligencias realizadas en los valles próximos a Génova, Cristóbal Colón pudo hacer desde joven, aunque análogos, viajes más distantes, para extender al través del Mediterráneo su radio de acción. Con poco éxito, hasta el fin de su minoría de edad, actos notariales lo muestran citado con su padre por autoridades judiciales, en juicios de poca monta que

hacen palpar la incertidumbre de su condición económica.

No pudo, pues, hacer otros estudios en escuelas, que los de caligrafía, geografía y geometría que a los hijos de los tejedores eran impartidos en Génova, ni ir a la Universidad de Pavía, en la que sus admiradores y deudos se imaginaron que había estudiado; ni su ciencia pudo ser otra entonces que la de la masa del pueblo, aunque todo lo viera con la perspicacia suya que le permitió parar mientes en cosas para otros inadvertidas. Sus excursiones, cada vez más largas, sin duda mucho le enseñaron; que bien sabido es que para quienes son autodidactos pocos libros enseñan más que los viajes. Éstos despertaron mejor a cada minuto su curiosidad y su entusiasmo; su gusto ingénito por lo grande, la religiosidad natural de su espíritu que siempre más lejos lo llevaba. Su pasión por el mar no era seguramente en él más que un medio de ir a lo lejano; a lo grande.

Explícase así que apenas llegó a la imperfecta mayoría de edad que en aquel tiempo para alcanzar la completa, ave marina destinada a viajar—siempre con mayor envergadura de alas—, se alejase de la casa paterna desde la que antes, cada vez más atrevidos, había ensayado los vuelos.

— II —

¿Qué correspondencia hay entre lo que él pensaba que fuera el mundo y lo que ahora creemos que es?

3.—¿Qué sabía él de este mundo, de esta vivienda grande en que los hombres nacemos, reñimos y morimos? ¿Qué sabía él de la Tierra, viajera ella misma en los mares del cielo? ¿Qué sabía cuando, recorrido ya por él el Mediterráneo, llegó al mar misterioso, de soledad aun no violada entonces, que al comenzar el último cuarto del siglo XV era el Atlántico?

Sabía, al igual que todos los hombres por la mar forjados en aquella época, que muchos decían que la Tierra era redonda; sabía lo que no todos los hombres de mar sabían entonces: cómo eran los cielos, los mares, las gentes de las islas griegas; de las de Italia; de las costas africanas, en donde por siglos los romanos habían imperado.

Mucho y poco saber; cuando, quizás, a nado—incendiada en medio a un abordaje la nave en que él iba—, su cuerpo rendido por la brega con las olas encontró salvación en costas portuguesas; cuando después, y de oro todavía la barba y los cabellos, habían dirigido una mirada honda sus ojos garzos y avizores, en la iglesia del monasterio de Santos, a la joven que luego, hacia 1480, vino a ser su esposa, acaso nada más sabía aún, del globo terrestre, que lo que aprendió antes, en la casa paterna.

Más supo cuando se fué a vivir en medio al Océano en la casa de Bartolomé Perestrello, Capitán de la isla de Puerto Santo, el padre, muerto ya, de la que en la iglesia del Monasterio de Santos había unido su vida a la de él. La isla de Puerto Santo, del grupo de las Maderas donde las olas le mostraban restos de plantas extrañas; acarreos de tierras desconocidas; despojos de embarcaciones de foráneo aspecto y alguna vez cadáveres de hombres diferentes de los que él conocía, no le enseñaron tanto como las cartas de navegación, los cuadernos de bitácora, los libros que, testimonio de la vida del padre de su esposa, le permitieron seguirlo en sus expediciones de antaño, que piadosamente evocaba su viuda.

Fué entonces, quizás, cuando supo que Aristóteles, aquel filósofo griego que es todavía luz del mundo, había declarado que no sería increíble que si de la península ibérica zarpara una nave y obstinadamente siguiera un paralelo, lo llevara éste, pues que redonda es la Tierra, al oriente de Asia. Supo acaso al propio tiempo, que Estrabón, el geógrafo insigne, como Aristóteles, griego, y el naturalista Plinio, el amigo de Vespasiano, habían señalado explícitamente las costas occidentales de Iberia como punto de partida propicio para aquel viaje, y que en el tiempo en que así lo hicieron, vaticinó el poeta Séneca su realización, cuando hizo que el Coro de su Medea profiriese aquellos versos latinos que vertidos al castellano dicen:

Años vendrán, en la serie de los siglos, en los que el Océano abrirá las barreras del mundo y descubrirá una tierra inmensa. Tetis revelará entonces, un orbe nuevo y no será ya Thule la última tierra.

¿Fué al darse cuenta de todo esto cuando tuvo Colón

la certidumbre de que él había de ser quien por vez primera realizara el viaje estupendo? ¿Fué en aquellos días cuando concibió la idea, y con ella la ambición y el propósito de dedicar su vida a seguir el derrotero señalado por los sabios del mundo antiguo?

Supo que un sabio florentino, el físico Pablo del Pozo Toscanelli, había escrito años atrás una carta a un canónigo portugués, D. Fernando Martins, para decirle, satisfaciendo así deseos del Rey, cómo podría hacerse un viaje a la India sin dar la vuelta al sur del África, y que con aquella carta había enviado un mapa que pudiese guiarlo. Y de su puño y letra copió la carta misma, en una de las hojas de guarda de un libro que mucho admiró y mucho anotó: **La Historia de los grandes hechos de las cosas de todas partes**, escrita por el Papa humanista Julio II. La carta aquella, y un libro llamado **Retrato del Mundo**, "Imago Mundi", que escribió en primer cuarto del siglo XV el sabio cardenal francés, Pedro de Ailly, a quien Fray Bartolomé de Las Casas daba el nombre de Alíaco, contribuyeron a la formación de sus conceptos, a medida que tomaban ser en su mente, convertíalos en apostillas con las que cubrió las páginas del ejemplar de la obra de Alíaco. Impresa ésta por primera vez entre 1480 y 1483, el ejemplar que Cristóbal Colón leyó y anotó ha llegado hasta nosotros, como el de la Historia escrita por Pío II y otros del propio Colón, salvado hasta ahora de la universal destrucción a que condenadas se encuentran cuantas cosas materiales existen.

¿Cuáles fueron las ideas que acerca del mundo se forjó entonces Colón? ¿Cuáles los cálculos que hizo acerca de la expedición con la que soñaba cada día más?

Refiérense todos a la división adoptada por el geógrafo Tolomeo, de la circunferencia de la Tierra, en veinticuatro husos horarios dividido cada uno en quince grados; trescientos sesenta los veinticuatro como todavía hoy los concebimos. Teníanse ya por conocidos quince en los tiempos de Marino de Tiro, precursor de Tolomeo, lo cual equivale a decir que desde antes de la Era Cristiana sólo quedaría por conocer, entre la extremidad oriental y la occidental del grande arco de la circunferencia terrestre ya recorrido, el arco menor; de ciento treinta y cinco grados.

Colón se decía a sí propio que después de la época de Marino, quince grados más de la circunferencia se habían descubierto cuando se llegó a las islas del Cabo Verde, y cuatro grados más, al alcanzar las de las Azores, con lo cual restarían por descubrir ciento dieciséis. Menos aún, ya que el caballero veneciano, Marco Polo, y Sir John Mandeville, cada uno independientemente del otro, habían llegado más allá de los confines señalados por Tolomeo. ¿Qué importa que hoy uno de aquellos dos viajeros, el que inglés se decía, esté reducido por la crítica moderna a ser un personaje fabuloso, más que viajero, compilador de relatos de viajes ajenos? Nada de fabuloso tenía para los hombres de aquel tiempo y por lo mismo también en sus relaciones cobró vida y fuerza el pensamiento de Colón.

Como todos los grandes marinos de su tiempo, daba él a los grados de la circunferencia del ecuador de la Tierra las mismas dimensiones que le concedió Al-Farghani, el astrónomo árabe que en cumplimiento de órdenes del Califa de Bagdad, Harún Arráshid, el de *Las Mil y Una Noches*, patrón de los filósofos, los poetas y los astrónomos, hizo en el año de 828 una medida del globo terráqueo. Colón no pudo sin embargo, estudiar, a lo menos antes de sus grandes viajes, los *Elementos de Astronomía* escritos por Al-Farghani, que aunque habían sido ya traducidos al latín por Juan el Hispalense, no se pusieron en letras de molde a la disposición de todos, sino hasta el año de 1493. Esto en parte, explica por qué, no obstante que Al-Farghani y Colón estimaban en 56 millas y dos tercios el tamaño del grado de la circunferencia ecuatorial, no daban a la Tierra dimensiones idénticas: las millas de Al-Farghani eran, en efecto, las árabes, de 1973 metros, en tanto que las de Colón, de 1481 metros 75 centímetros, eran las antiguas millas romanas. Por esto, aunque uno y otro valoraban en 20,400 millas la circunferencia ecuatorial, ya que éste es el producto de la dimensión de un grado—56 millas y dos tercios—, por los 360 de la circunferencia, la de Colón era sensiblemente menor que la de Al-Farghani, puesto que multiplicadas sus 20,400 millas por los 1481 metros 75 centímetros que a las millas daban entonces los cosmógrafos, el producto no es sino de 30,227 kilómetros. Lógico, pues, Colón, y consecuen-

te con sus datos, la Tierra que en su pensamiento llevaba, reducíase a ser casi solamente tres cuartas partes de la que pisaban sus plantas, puesto que ésta, según lo que afirman los geodestas modernos, tiene 40,075 kilómetros de circunferencia ecuatorial, en tanto que la de la Tierra de Colón apenas tenía poco más de 30,000.

Dije ya que en sus sueños de descubrimiento no sólo quitaba del Mundo, Cristóbal Colón, para calcular lo que aun quedase por descubrir, la parte conocida desde los tiempos de Marino de Tiro y la que ya cruzaban las embarcaciones que del Viejo Continente iban a las islas del Cabo Verde y a las de las Azores—que entonces, a causa de la dificultad muy grande, que todavía se encontraba para estimar las longitudes, se creía que ocupaban el mismo meridiano—, sino que quitaba también la extensión recorrida por Marco Poio y Mandeville. Ésta, empero, indefinida, como era, convidaba a una imaginación de tan extraordinario vuelo como la del gran genovés, a dilatar también indefinidamente sus dimensiones, y a dar en consecuencia al Asia proporciones excesivas. Si para Toscanelli sólo 6,500 millas habría entre Lisboa y la que él llamaba—“derecho, al poniente”—“la nobilísima y grande ciudad de Quinsay”, “nombre”, advertía en seguida, “que en nuestro romance quiere decir, **Ciudad del Cielo**”; si para aquel ilustre sabio no habría más que 5,000 millas entre la costa portuguesa y la —también “nobilísima—, isla de Cipango”, “fertilísima de oro y de perlas y piedras preciosas”; si 2,500 millas sería la distancia a la que de Lisboa se encontrara la misteriosa isla de Antilia, que, por otra parte, nadie había probado nunca que existiera, aun más cerca de la península ibérica se encontraba para Colón el Asia; como lo comprueba que en su primer gran viaje, el 25 de septiembre de 1492, diecisiete días antes de que alguna tierra descubriese, maravillábanse él y Martín Alonso Pinzón, como lo muestra el diario de la navegación de aquel viaje, de que todavía nada se hubiera descubierto.

Ello comprueba que si superpusiéramos el planisferio imaginado por Colón, al de nuestros modernos atlas geográficos, haciendo coincidir la línea de la costa portuguesa de los dos y extendiendo sobre el Atlántico del uno al Atlán-

tico del otro, no sólo veríamos desaparecer en el mundo de Colón hasta la última gota del Océano Pacífico, sino que veríamos también crecer y dilatarse desmesuradamente el Asia, hasta ocupar una parte enorme de la América.

4.—Difícil como es, —y acaso fuera mejor decir, imposible, dada nuestra carencia de datos suficientes—, precisar en grado bastante satisfactorio, la posición que en nuestro planisferio de hoy tendrían las comarcas del mundo de Colón, podemos, sí, estar ciertos de que las de China, —las del gran Khan, el monarca a cuyas órdenes cumplió delicados y múltiples encargos Marco Polo—, y las de la India, se extendían hasta parte a lo menos de las que ahora forman el Canadá, los Estados Unidos y nuestra República Mexicana; hasta la cuenca quizás de nuestro río Nazas, la costa asiática; hasta el meridiano de nuestro Tehuacán de las Granadas, el Japón; hasta la isla de Barbados, en la extrema parte oriental de las Antillas, la fabulosa Antilia, o aun más al oriente hasta los aledaños del Levante de nuestra península yucateca, y los del litoral de Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

¿No ocurrió alguna vez a Colón, cuando estaba en España y pensaba que desde España emprendería su viaje, que si de Cádiz partiera tendría que navegar por espacio de 139 grados al oeste para llegar a las tierras con las que soñaba? De ellos, 120 serían los que habría que navegar en el supuesto de que fueran 120 los que faltasen todavía para completar el periplo del mundo; los otros 19 corresponderían a la distancia a que el meridiano de Cádiz queda del de las islas del Cabo Verde, 139 grados; sólo de 49 kilómetros 883 metros, dado que a eso se reducirían a la latitud de Cádiz las dimensiones de cada uno, supuesta la esfericidad de la Tierra. Los 139 medirían, pues, 6,934 kilómetros. Referidos éstos al globo terrestre tal como ahora los medimos, en el que a la latitud de Cádiz no vale cada grado lo que Colón creía, sino 89 kilómetros 539 metros, cubrirían poco más de 77 grados 26 minutos en nuestras modernas cartas geográficas; en las que, —sumados a los 6 grados y 16 minutos del meridiano de Cádiz con referencia al de Greenwich—, llevarían a 83 grados 42 minutos del

famoso observatorio situado al oeste de Londres, la longitud de los países que los 139 grados del viaje alcanzarían. ¡Extraordinario acierto! La navegación que con tales cálculos se realizara conduciría justamente a los parajes orientales de Nicaragua situados al poniente del **Cabo Gracias a Dios**, al que dió este nombre el extraordinario descubrimiento, cuando hubo de doblarlo en su cuarto gran viaje, el 12 de septiembre de 1502.

¿Quiméricas posiciones cuantas imaginaba Colón? Abandonadas por él quizás durante algún tiempo varias de las que en sus incesantes lucubraciones hizo; sustituidas por otras; rehechas y perfeccionadas como ocurre en toda conciencia y tenaz disquisición, para Colón fueron algunas de ellas indiscutible y triunfante realidad. En todo caso, tenía razón Fray Bartolomé de Las Casas, al declarar que “tan cierto iba”, Colón, “de descubrir lo que descubrió y de hallar lo que halló, como si dentro de una cámara”, encerrado, “con una llave lo tuviera”.

Dados, por otra parte, el conocimiento, que él tenía de sus excepcionales dotes de marino, y la fe que lo animaba —la fe en la ayuda que Dios, pensaba él, le había impartido ya y habría de seguir impartiendo—, que años después, en uno de los días más angustiosos de su siempre atormentada vida habría de hacer que exclamara: “**La esperanza de Aquél que crió a todos, me sostiene. Su socorro fué siempre muy presto. Otra vez y no de lejos, estando yo más bajo me levantó con su brazo divino, diciendo: ¡Oh!, hombre de poca fe, ¡Levántate que Yo soy! ¡No hayas miedo!**”; aquel conocimiento de sus propias dotes y esta fe, ¿cómo habrían podido permitir que dudase nunca de que la alta empresa en la que había empeñado su nombre, su ser y su vida habría de realizarse?...

A tal certidumbre sumábase otra: la de las riquezas sin cuento que sobre el crédito supremo que concedía a Marco Polo y a la Biblia—en donde tanto se habla de las perlas, el marfil, las piedras preciosas, la mirra, los perfumes, las especias, el oro y los portentos del oriente—, dilatábanse ante él como un gigantesco río deslumbrante; como un inmenso, rutilante y viviente océano de luz.

Siendo esto así, ¿habría podido conformarse con la de-

negación de la ayuda que para la realización de su viaje recibió de don Juan II, el nuevo Rey de Portugal, tan dado, sin embargo, a favorecer empresas de navegación y descubrimientos que revivieran y agrandaran los tiempos de D. Enrique el Navegante? No iba a dar él, en cambio de su transitoria ayuda al Rey de quien la demandaba, un reino mejor y más rico que el que aquel Rey tenía?

¿No habría luchado años y años, contra obstáculos de toda suerte, en España más aún que en Portugal, más, porque más experimentaría en España la fuga de la vida, que como sangre de una arteria rota desde que nacemos, cada vez más apresurada se nos escapa? ¿No era palmario que su empeño no tenía otro origen que la necesidad de su espíritu de encontrar en hechos para todos palpables, la traducción material y tangible de los hechos invisibles realizados ya por él en el escenario de su alma? ¿No era evidente que la hazaña que mientras vivía, iba en él realizándose—más que las nieblas y los rayos de las tempestades marinas y que el desnudo y ardiente sol de Guinea—, habría trocado a los treinta años su porte juvenil y arrogante, en otro que parecía fuera del tiempo, sin duda porque había vinculado a su vida la transformación total del mundo que de ella esperaba y el triunfo de los planes divinos para que el cristianismo se difundiese entre los pueblos hacia los que lo empujaba su entusiasmo?

El arma mejor de su triunfo tendría que ser, lo sabía él, su confianza en sí propio, que le daba entereza, seguridad y elocuencia por las que su palabra, su mirada, su actitud, su aspecto ejercían misterioso magnetismo en las almas ávidas de lo grande con las que tuvo la felicidad de ponerse en relación.

Sobreponiéndose a sí mismo y a su mala fortuna, había salido de Portugal hacia 1484, dejando allá a su esposa y a sus hijos, salvo a Diego, sin poder jamás tornar a reunirse con ellos. A poco, sin embargo, de su llegada a España, habíalo recibido y alojado en su casa el poderoso duque de Medina Celi, que le abrió luego las puertas del palacio de los reyes y en contacto lo puso con el Tesorero Real, el cual lo relacionó a su vez, con el dominico de alma recta, servicial e inteligente, Fray Diego de Deza, y con aquel a quien

el pueblo llamaba el tercer Rey de España, el gran cardenal Pedro González de Mendoza, así como con la marquesa de Moya, Da. Beatriz de Bobadilla, la amiga de la infancia de la mujer extraordinaria, que para fortuna de España y de América era entonces la Reina Católica.

Releía Colón entre tanto, confirmando con sus lecturas sus convicciones, los libros que había leído y anotado ya: la *Historia Natural de Plinio*; la "*Historia de los grandes hechos de las cosas de todas partes*"; la *Imagen del Mundo*, del Cardenal Pedro de Ailly, que cien años antes de que el movimiento de rotación de la Tierra fuera descubierto por Copérnico y cerca de 2,000 después de que lo había entrevisto Filolao, el discípulo de Pitágoras, tuvo de aquel movimiento la présaga intuición. Leía de nuevo el libro de Marco Polo, impreso hacia 1485, que intensificando su visión interior de las miríficas riquezas del oriente, convertíase en realidad.

— III —

¿Cuál era la condición psíquica en que se encontraban los contemporáneos de Colón antes de que el descubrimiento se efectuase, y cuál luego que de su realización tuvieron noticias?

5.—No; no era fácil que entendieran y aprobaran sus proyectos quienes no hablaran largamente con él y atendieran sólo a la grave y afable autoridad de su porte y a su aire discreto y lejano. ¿Cómo lo habían de comprender y aplaudir los que lo oyesen discurrir acerca de los antípodas, y a la manera de Lactancio Firmiano, cuyo recuerdo evoca César de Lollis, impugnaran "la posibilidad de que los árboles crecieran con las ramas tendidas hacia abajo, de que los hombres caminaran con la cabeza suspendida en el abismo, y de que de abajo a arriba, lloviera la lluvia?" Aun no llegaba el tiempo en que descubierto el Nuevo Mundo, Américo Vesputio barruntara la posibilidad de la gravitación que todo lo explicase, y dos siglos habían de transcurrir todavía para que en 1687 el genio de Sir Isaac Newton descubriera las leyes de la atracción universal.

Los que entendían a Colón, los que lo ayudaron para que pudiera realizar su empresa, fueron los espíritus intuitivos a los que llegaba la fascinación de su pensamiento y de su palabra: el buen fraile Juan Pérez a quien debió Colón la final protección decisiva de la Reina; el claro pensamiento del financiero Santángel; la generosa voluntad de la Reina Católica. Otros, los distantes, la señorial República de Venecia, la ciudad de Génova, el soberano de Portugal, natural era que desoyeran sus pretensiones: convidados por él para que pudiesen disfrutar de las ventajas de tener acceso a las riquezas del Oriente, Venecia y Génova, pensarían que de tiempo atrás disfrutaban ya de ellas por los viejos caminos a la moda antigua, de occidente a oriente—al través del norte de Egipto, el Mar Rojo y la isla de Ormuz, la boca del Golfo Pérsico—, mediante tratos con los árabes que tenían sus factorías en la India y que a sus almacenes de depósito establecidos en Malaca hacían afluir las riquezas de China; Portugal pensaría que estaba ya en buen camino para alcanzar el oriente sin aventurarse en lo desconocido: que ya por el sur estaba a punto de dar la vuelta al África; que pronto llegaría al Océano Índico, a Mozambique, en donde encontraría a los árabes, y por ellos, un poco más allá, la India; mientras lograba esto, ya era dueño de Guinea que con oro y esclavos venía recompensando sus afanes y dándole medios de seguir adelante. ¿Qué necesidad tenía, pues, para alcanzar el oriente, de ir al poniente?

6.—Cuando gracias a España el viaje de descubrimiento se efectuó; cuando en 1492 vió Colón surgidas ante él las tierras prodigiosas, antes de que se le agotaran las provisiones que para alcanzarlas había juzgado indispensables; —surgidas en los parajes mismos señalados por él...—, aun cuando no tuvieran el aspecto de las que él imaginaba, y por más que sus habitantes distaran tanto de los que él creía que iba a encontrar— que éstos se hallaban desnudos; que nadie entre ellos había que entendiera la lengua árabe, ni grandes ciudades semejantes a las descritas por Marco Polo aparecían—, hízose rápidamente en él la certidumbre de que a corta distancia tendría que encontrarse el Asia;

que una guirnalda de islas la celaba; que un paso se encontraría entre ellas para llegar al oriente; que algunas de las por él descubiertas eran ya la franja del Asia misma. ¿No encontraba en las islas señales ciertas de que estaba dando cima a su intento? ¿No aquellos mismos hombres y mujeres que a su paso surgían llevábanle presentes de oro? ¿No veía en las tierras, árboles nunca vistos, de embriagadoras esencias? ¿No advertía en su diario de la navegación — refiriéndose a los aborígenes—, que luego llamáronse **indios** puesto que eran los habitantes de la India; que “la color” tenían “de los” de las islas Canarias: “ni negros ni blancos”, y que eran “de buena estatura” y “bien hechos”; “muy anchas la frente y la cabeza, más que otra generación”, ninguna que hasta entonces allá hubiera visto? ¿No llegaban hasta sus naves “en almadías y en canoas”, y no lo consideraban como **bajado del cielo**? ¿No, cuando puso el pie en Isla de Cuba escribió en su **Diario**, “que todo tan hermoso era lo que veía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza”, embelesado, como él decía, con los cantos de las aves? No menor fué su hechizo cuando en Haití tomó buena nota de que “algunos indios traían granos de oro finísimo en las orejas y en la nariz, y dábanlos luego de buena gana”; “porque son la mejor gente del mundo”; por lo cual mucha esperanza en Nuestro Señor tenía “de que Sus Altezas”, los “harían a todos, cristianos”; que eran “los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí “hubiera hallado; “harto blancos; que si vestidos estuviesen” y “se guardasen del sol y del aire, serían casi tan blancos como en España”. A la de Haití, decía, “no hay en toda Castilla tierra que se la pueda comparar”, ni “en bondad, ni en hermosura”. Escribía el 21 de diciembre de 1492 que no le era dable “creer que hombre ninguno hubiese visto gente de tan buen corazón” para “dar; que ellos, los indios, se deshacían todos por dar a los cristianos cuanto tenían”; “que fácil cosa es conocer cuándo se da una cosa con muy deseoso corazón de dar” “como ellos las daban”. Comunicáronle el domingo 23 de diciembre abundantes noticias de que en aquella isla a la que ya había puesto por nombre **La Española** “había gran cantidad de oro”, y mostráronle la manera

que se tenía" para "cogerlo", y en aquella hora creía que "habían venido a" su "nao más de mil personas", llevando todas algo de lo que poseían; varias de ellas, oro; que "antes" de que "a la nao llegaran, puestas" en pie en sus canoas y levantando "en las manos lo que" traían, gritábanle: "**¡Tomad, Tomad!**".

El 25 de diciembre, cuando un golpe súbito de mar púsole de través una de las naos y necesario le fué alijarla, y acudieron indios conducidos por su Señor Guacanagarí, a hacer el salvamento de cuanto en ella había, como lo hicieron "sin que una agujeta les faltase", a los Reyes escribiendo prorrumpía: "Son gente de amor y sin codicia"... "certifico a Vuestras Altezas que en el mundo "no hay mejor; ni mejor tierra"; "aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla, la más dulce del mundo". "Entendió al día siguiente", el 26 de diciembre, "el Rey Guacanagarí, que el Almirante" deseaba mucho oro, y díjole por señas que él sabía, cerca de allí, donde había "mucho; en grande suma, y que estuviese de gran corazón; que él le daría cuanto oro quisiera"; y otro día, el 27, "dijo al Almirante que había enviado por oro, y que quería cubrirlo todo de oro, antes de que se fuese".

7.—Luego que del descubrimiento se tuvieron en Europa noticias, la actitud del mundo cambió, por supuesto, así en cuanto al descubrimiento, que en el acto pasó al primer plano de la atención universal, como en cuanto a los países nuevamente descubiertos, que al punto se tuvieron por mereo anuncio de un verdadero mundo nuevo, de extraordinarios recursos, que abría ante la Europa de aquellos tiempos, ilimitadas perspectivas, en la época misma en que oscura o claramente Europa sentía ya la necesidad de expandirse; estrecho como era más y más cada día su territorio para el número y las necesidades de sus habitantes, debatíanse casi todos con angustia contra la pobreza y la miseria crecientes con la multiplicación de todos, por lo que muchas de las familias de pequeña fortuna venían a menos; y no sólo segundones o hijosdalgo sino otros de mayor alcurnia que habían figurado, o que por las guerras se habían ennoblecido en España, no sabían ya qué hacer de sí mismos ni có-

mo vivir; acabadas las que hubo contra los moros, y ociosas y en peligro de no poder servir, enmohecidas, las armas.

Vapor comprimido en una caldera escápase de ella, apenas una salida se le abre. Cuántos la falta de posibilidades sentían entonces y sintieron luego — no por meses, ni por años, sino por siglos—, de Europa salieron y siguieron saliendo rumbo a América; quiénes, sólo por tentar fortuna; cuáles, soñando con enriquecerse y tornar a su casa, opulentos.

Si la primera expedición no pudo contar sino con tres pequeñas naves, de las que la mayor, la **Santa María**, de Juan de la Cosa, apenas si era de poco más de 200 toneladas, y las otras dos no llegaban sino a 140, la **Pinta**, sólo acaso a 100, la **Niña**, con un total de 120 hombres contados entre ellos tripulación, expedicionarios y todo género de individuos de a bordo, médico, escribano y oficiales, sin más costo, dice el geógrafo italiano, Roberto Almagía, que lo que hoy serían 35 mil liras italianas, la segunda expedición, que al punto comenzó a ser preparada y que pocos meses después, el 25 de septiembre de 1493, partió de España, estuvo compuesta por 17 navíos y más de 1500 hombres; no ya como los primeros —de los que buen número eran navegantes—, sino muchos de ellos gente de guerra, de ambición y audacia, que oro, solamente oro, codiciaba.

Nadie mejor que Andrés Bernáldez, en su **Historia de los Reyes Católicos** ha dicho que —a juicio de observadores como él, inteligentes y en buen lugar colocados para saber de las cosas que en el mundo ocurrían; ni puestos al ras de la sociedad y del pueblo de entonces donde su visión habría sido por fuerza incompleta, y deformada y confusa; ni en las vertiginosas cumbres, donde prejuicios, desorientaciones y prevenciones, habríanla torcido, nadie, testigo ninguno de los sucesos de aquellos años ha dicho como él, qué se propuso la segunda grande expedición. Sin que Bernáldez haya podido acertar en todo, que nadie hay que en todo acierte, digno es de tenerse presente que él escribió en su historia estas reveladoras palabras: “Llevó el Almirante” “en este viaje”, “mil doscientos hombres de pelea, para quedar allí prosiguiendo la posesión de la tierra, e para”... “saber

del oro lo cierto y adquirirlo" "de los habitantes, para el Rey y la Reina; quier por grado; quier por fuerza"...

El acto primero, idílico, iluminado por luces de aurora, el del descubrimiento, transformábase en el acto segundo; descubrimiento aún, más también ya, con cárdenas luces, conquista. Y cuando los que así vinieron se encontraron con que no era cosa de recogerse tan fácilmente el oro como lo imaginaban, y con que al ardiente clima forzoso les era adaptarse pagando tributo de enfermedades y esfuerzos, tornóse en ira su entusiasmo; la admiración que por el Almirante habían sentido trocada fué en rencor y malas voluntades, hecho por ellos responsable él de cuantas penalidades les sobrevenían o pudieran sobrevenirles. Su orgullo y su arrogancia, sus defraudados anhelos desahogáronse entonces en desmanes de que los isleños fueron víctimas, muertos a poco muchos de ellos; ultrajados, esclavizados. Aun Colón, aun él, educado como en parte lo había sido por los portugueses a los que antaño sirvió en las navegaciones de Guinea, en donde bien supo que con la libertad de los negros se traficaba, y que con ella se pagaban ambiciones, sojuzgó a los indios, y disputó a España cargamentos de esclavos con cuya libertad por años se traficó como entre los griegos de la época clásica; como entre los romanos; como entre los cristianos: horrible resultado de las guerras: los vencidos y los débiles, hechos esclavos.

...La conciencia, cuyos ojos nuestro candor nos hace imaginar siempre abiertos, no sólo a veces tiénelos cerrados, sino que en ellos zonas suele haber de ceguera total; diríanse con un término médico, zonas de **hemianopsia**; con las palabras de Oéser, jefe del laboratorio de la Universidad escocesa de San Andrés, zonas de **anopsia**, que serían el resultado de un vicioso y abusivo funcionamiento: **anopsia funcional**; **ceguera funcional**; **ceguera moral**... Para mí tengo que pueden ser colectivas tales cegueras; que a menudo lo son; que lo han sido las que claro resulta que a la humanidad han aquejado; que lo son las que ahora evidentemente la aquejan; que lo fué la que por millares de años impidió que hombres buenos se dieran cuenta de que toda esclavitud es abominable.

— IV —

¿Cuándo y cómo se rectificaron las ideas por las que Colón llevó a cabo su empresa?

8.—Sin cesar sucediéndose unos a otros, superponiéndose también, multiplicábanse mientras, los descubrimientos: los del Almirante: en el segundo viaje, de 1493 a 1496, por las pequeñas lo mismo que por las grandes Antillas al sur de la Isla de Cuba; en el tercero, de 1498 a 1500, por los bordes mismos, septentrionales, de la América del Sur; en el cuarto, de 1502 a 1504, por el oriente y el norte de la América ístmica cuando en medio de espantables tempestades, arrebatadas por ciclones las únicas pobres naves de que había podido esa vez disponer, seguía la larga costa de Veragua y la tomaba por el Quersoneso de Oro de Tolomeo al darse cuenta de que a corta, a muy corta distancia, otro mar había del lado opuesto, que le hacía decirse que lo que allí llamaba Veragua —que hoy llamamos Costa Rica—, sería el Quersoneso mismo que ahora calificamos de península de Malaca; con lo que, “de alto a diez jornadas”, así lo escribió a los Reyes en su prodigiosa carta del 7 de julio de 1503, estaba seguramente “el río del Ganges”.

¡Veragua y el Ganges!, absurdo parécenos hoy juntarlos así; absurdo es; “como Tortosa con Fuenterrabía y Pisa con Venecia”, decía el Almirante, persistiendo hasta la última hora de su vida en pensar que había descubierto los países fronteros de la India, y en no saber, en no ver que no era eso lo que había descubierto sino algo más grande, más extraordinario.

Otros, que no él, fueron de ello más y más haciéndose cargo: Américo Vespucio con Juan de la Cosa y Alonso de Ojeda recorrían, desde los seis y medio grados de latitud meridional, las costas de la América del Sur hasta las bocas del Amazonas, hasta la del Magdalena, en la expedición que en mayo de 1499 habían emprendido: Pedro Alvarez Cabral tocaba las del Brasil en 1500, y tres años antes, en 1497, el veneciano Juan Caboto, tremolaba la bandera del Rey de Inglaterra sobre la Isla de Terranova, y quizás sobre la Nueva Escocia, dando así el primer paso de aquel

inmenso peregrinar de las gentes de habla inglesa, que andando los siglos las trajo hasta las aguas del río Bravo, llamado por ellos, como antes se le llamó, Grande, en las fronteras de México. Cuatro años después, en 1501, los hermanos Corterreal descubrían la península del Labrador y la Bahía de Hudson.

Cuando a poco los descubrimientos se tocaron unos a otros y los cosmógrafos trazaron una línea que los juntase, hízose lo que Juan Stuart Mill habría llamado una coligación de hechos: ¡Una inmensa coligación de hechos! De ella, por lo que a la América del Sur toca, tuvo intuición Américo Vespucio, como lo reveló en su carta de 1504 a Lorenzo Piero de Medici y a Piera Soderini, Gonfaloniero de Florencia, cuando les escribía con gozo inmenso: “al sur de la línea equinoccial, en donde los antiguos declararon que no había continente”..., “yo he encontrado”... “la cuarta parte de la Tierra; no islas nada más; no la vanguardia del Asia, sino la cuarta parte de la Tierra.

Habíala descubierto ya Cristóbal Colón desde el 1º de agosto de 1498, cuando al llegar a las bocas septentrionales del río Orinoco, tuvo —aunque perturbada por su imaginación— una intuición de Lo Infinito, y le pareció encontrarse a las puertas mismas del sitio en donde antes habría estado el Paraíso Terrenal, por lo que dando con toda su alma gracias a Dios, llamó **Tierra Santa, Tierra de Gracia**, a la que a su vista, grande y fascinadora en la majestad de su belleza se mostraba.

De la compleja y rica coligación de hechos geográficos, que, mayor aún que la de los de la América del Sur y que la de los de la América del Norte, juntó aquélla y ésta en el concepto de un continente único, no ha venido a tenerse plena intuición sino cuando, al través de los siglos, se ha separado totalmente por el norte, de toda otra tierra, la del norte, no son más que una: de maravillosa unidad y la del norte, no son más que una: la maravillosa unidad y grandeza.

— V —

El desarrollo y la destrucción de la ceguera moral que condujo a esclavizar a los indios

9.—Cuando el 18 de mayo de 1498 llegó Vasco de Gama a la verdadera India y los portugueses y los españoles se dieron cuenta de que aquélla era la India, no la que Colón había descubierto, contribuyó la decepción que con ello experimentaron los españoles a acentuar el desvío que al cabo rodeó al gran descubridor, cuya fortuna fué tan gloriosa como después mísera, y la conciencia del triunfo de Vasco hizo sin duda, que quienes se dejaban fascinar por las fugaces impresiones de las horas lábiles, no sólo desdénasen al hombre extraordinario que abrió el gran camino de Europa a América sino también a los indios de la América, a quienes no tanto la maldad de los hombres que querían explotarlos, sino el amor propio que hacía que los españoles se imaginaran que habían sido burlados por el destino, ya que se decía que los portugueses los habían superado, hizo que la misma dócil y resignada mansedumbre de los indios llevara a los españoles a llamarlos bestias, y que llegaran a la aberración de afirmar que los aborígenes de aquende el Océano no eran otra cosa que “animales que hablan”, por lo que debían ser incluídos en el número de aquellos de quienes Aristóteles había dicho en el libro I de su Política que por su propia naturaleza debían ser tenidos como esclavos a **natura**; y disponerse de ellos libremente, y de ellos servirse a la manera con que de las bestias irracionales se sirven los hombres.

10.—La rectificación de semejantes conceptos monstruosos —y su destrucción— tenía que producirse. Quienes al cabo la realizaron —lo sabemos todos— quienes operaron de las cataratas del alma a los hombres; —de las cataratas que ciega había hecho a la humanidad porque toda ella durante millares de años había padecido y seguía padeciendo la **anopsia** funcional, la ceguera moral que era el resultado de su vida de violencias y conquistas, de imposiciones y de guerras—, no fueron otros que los dominicos a quienes guia-

ron en la América aquellos admirables hombres de Dios que se llamaron Fray Pedro de Córdoba, Fray Antón de Montesinos, Fray Bernardo de Santo Domingo, Fray Bartolomé de Las Casas; no otros fueron que los seguidores del prodigioso Francisco de Asís, a cuya cabeza estuvieron en Méjico los hombres de bondad y de ternura inagotables que conocemos y amamos con los nombres de Fray Pedro de Gante, de Fray Juan de Tecto, de Fray Martín de Valencia; no otros que los hombres de sublime confraternidad, a la vez cristiana y universitaria, de los que fué vivo ejemplo Fray Bernardino de Sahagún; que los obispos directores de la organización fundamental de la Iglesia y de la sociedad mexicana, Don Fray Juan de Zumárraga. Don Fray Julián Garcés, Don Vasco de Quiroga; que aquellos agustinos entre los que descuella la pensativa y dulce figura de Fray Alonso de la Veracruz, Prof. de Filosofía en la vieja Universidad de Méjico; que los virreyes unificadores del país: los Mendozas; los Velascos; los Bucarelis; los Revillagigedos; que, allende el Atlántico, los mejores de los reyes de España: la Católica, de maternal firmeza inquebrantable, y su gran nieto, el Emperador Carlos, de quien la América toda recibió la carta ideal de las libertades y de los derechos de los indios conocida bajo la denominación de las **Nuevas Leyes**, después de que el pontífice Paulo III lanzara al través del mundo su gran bula de la libertad de todos los hombres como hijos todos del mismo Padre a quienes debido era enseñar el amor universal. Los que operaron las cataratas de la conciencia humana al lado de los dominicos y los franciscanos, de los agustinos y los obispos ejemplares, de los virreyes de alma grande y buena, de los reyes de noble y clara visión, y del Pontífice, no otros fueron que los pensadores universitarios de Salamanca; que el prestigioso Maestro Fr. Francisco de Vitoria, que zanjó los cimientos del derecho internacional en defensa de los pueblos débiles y de los hombres desventurados; pero el que guió a todos y a todos inspiró no fué otro que Él, que respetando la libertad concedida por Él a todos, dirige todo hacia el bien; que venido al mundo hace más de 1900 años, vino a decir al mundo: **“Os traigo un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado: que seáis todos,**

uno, como mi Padre y Yo somos UNO; que UNO seáis uno con otros, y UNO con nosotros”.

La inmensa obra que para cumplir este mandamiento se requiere, está aún muy lejos de su término. ¿Será locura imaginar que de algún modo-humilde, humildemente—, servimos a esa obra evocando aquel momento de la historia del mundo en que el pensamiento del Fundador de la futura república del universo y de cuanto bueno hay, pasó del Mundo Viejo al Nuevo Mundo?...

— VI —

¿Qué es lo peculiar y único de la hazaña de Colón y cuál su trascendencia?

11.—La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística ha señalado en este año, la noche en que estamos, la del 11 de octubre, para celebrar el Descubrimiento de la América. No ocurrió éste, aun cuando así lo digamos todos, el 12 de octubre, sino pocas horas antes del 12. Desde antes, en efecto, de que concluyera la tarde del once, tuvo el Almirante la intuición de que por más que todavía nadie la mirase, ya la tierra estaba allí.

Juntaron en una sola sus voces, aquella tarde los marineros, y la Salve, cantaron, el himno a María, la amada estrella del mar, como solían cantarlo mientras bajaba sobre las naves y alrededor de ellas el torrente de claridad vespertina que todo lo inundaba con sus inmateriales y brillantes rosas de luz... ¡Duda no cabe en mí, señoras y señores, de que cuando así, en el cielo, en el aire, el mar disuelve y diluye el crepúsculo, el tesoro inagotable de su multicolora pedrería, signo es ése de correspondencia del Cielo con los que en la Tierra son capaces de dirigir a él las miradas!

Fué sin duda, en aquel minuto de mística unción: —en reposo la mar; palpitando en torno el misterio; tramándose invisibles los hilos de lo porvenir; agrupadas las almas viajeras alrededor del que dirigía el viaje; todos, oscura y claramente, oyendo el llamado de Lo Infinito—, cuando tuvo el Almirante la intuición de que al fin se realizaba su en-

sueño. Vueltos los ojos a los marineros les rogó entonces— éstas son las palabras que al través de los siglos nos lo han hecho saber — “que hiciesen buena guarda al castillo de proa y mirasen bien”; no sólo, por supuesto, en aquel minuto, sino durante la noche.

¿Por qué tanto les encareció que lo hicieran, sino por la clarividente certidumbre, que todo entero lo poseía, de que ante ellos en efecto **encontrábase ya la tierra**, por más que aun no la viesan?

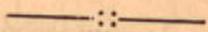
La palpitante tiniebla nocturna se dilató luego sobre la sombría y fosforescente majestad del mar... Las nueve de la noche. Las diez... Sentado Cristóbal Colón “en el castillo de popa”, haciendo, él también, la guarda del castillo de proa, tenía hundida la mirada en la lejana oscuridad, cuando “vió” en ella, de súbito, “una lumbre” encendida; como “una candelilla de cera”, decía él, “que se alzaba y levantaba” con aquel rítmico alzarse y levantarse de las olas que se diría que fuera su honda, su incansable respiración, y llamó entonces a “Pedro Gutiérrez, Repostero de los Estrados del Rey”, para preguntarle si él también la veía, y Pedro Gutiérrez, el Maestro de Ceremonias de los Estrados de su Majestad, mirando a lo lejos la vió también.

... ¿Cómo no hacerse cargo de que si él la vió, de que si los dos la vieron era lumbre de una fogata lo que veían? Encendida sin duda, en una tierra que la oscuridad y la distancia hacían invisible. ¿Cómo no pensar que quienes en aquella tierra la encendieron verían igualmente a aquella hora, sobre la mar, oleosa y negra, suspendidas en el aire, como si del cielo estuviesen bajando, las luces de las naves, para ellos, asimismo, invisibles, alzadas a intervalos por el mar?... ¡Por eso pensaron los isleños que los blancos habían bajado del Cielo! ¡Por eso muchas veces en los días siguientes así lo dijeron a Colón! Así a todos los dijeron.

Cuatrocientos cuarenta y nueve años hace de aquel grandioso, en que, sin que ni los indios ni los blancos lo supiesen, latió al unísono, movido por una emoción idéntica, el corazón de los que en el Nuevo Mundo estaban y el de los del Viejo Mundo que al Nuevo llegaban.

Cuatro horas después, vió la tierra Rodrigo de Triana. Viéronla todos.

Levantemos el pensamiento hasta la sombra inmensa del navegante que primero que nadie atravesó el Atlántico, por en medio, entre los dos polos; no por el norte como lo habían hecho los escandinavos desde el año de 1,000, quizás, o acaso desde antes: no por el norte —en donde su descubrimiento, como antes el de los escandinavos, podría no haber tenido grandes consecuencias—, sino por en medio, entre los dos polos; que haciéndolo así, no aseguró tan sólo la comunicación material permanente de los dos continentes, sino la progresiva formación del mestizaje psíquico del uno al otro, que al fin hará de los habitantes todos del Planeta ciudadanos de un solo Mundo en que todos, al cabo, se entiendan.



IV.—Varias...

ALVARO OCHOA
 BERNARDINO

Al investigar el...

LAS SIETE PROVINCIAS DE COSTA RICA

Dramatización original de doña AÍDA F. DE MONTAGNÉ

PERSONAJES

I.—Una niña, de las mayores de la Escuela, que representa a Costa Rica, trajeada elegantemente con vestido blanco, largo, espumoso; gorro frigio, guantes blancos y con la bandera de Costa Rica como manto.

II.—Siete niñas que representan las Provincias de Costa Rica con vestidos rosados, largos, espumosos y todos iguales; en la cabeza ostentan bonitas diademas de piedras y en el pecho cada una lleva el escudo de la provincia que representa.

III.—La Reina de las Hadas, con traje igual al de las provincias pero celeste y sobre su cabeza luce una corona real.

IV.—Varias parejas de campesinos; los varones llevan racimos de bananos y de plátanos, cañas de azúcar, alforjas con elotes y algunos productos de los que abundan en Costa Rica. Las campesinas portan cestos adornados con ramas de café, llenos de piñas, naranjas, etc., siempre que sean frutas nacionales.

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen las niñas que representan a las Provincias de Costa Rica distribuidas graciosa-

mente en el escenario: unas sentadas, otras acostadas como formando un cuadro plástico. La Reina de Las Hadas al centro. Se van levantando al compás de la música y principian a bailar; al finalizar la danza entra la Provincia de Guanacaste; se interrumpe el baile y comienzan a hablar según su turno.

— :: —

GUANACASTE.—¿Por qué estáis de fiesta, queridas hermanas?

LIMÓN.—¡Porque hoy es veinticinco de julio y hemos orinizado esta fiesta en tu honor!

GUANACASTE.—¡Qué alegría!... ¡Pues aquí me tenéis!... Represento a la Provincia de Guanacaste, donde nació nuestro gran expresidente el General don Tomás Guardia...

¡Todavía me parece recordar cuando mis hijos por medio de un plebiscito demostraron, que por su voluntad querían pertenecer a Costa Rica, esta noble y bella tierra!...

¡Y aquí estoy muy orgullosa, formando parte de la amada Patria Costarricense!...

¡Mis campos son muy bellos y muy diferentes a las tierras de vosotras las demás provincias de Costa Rica; lo mismo que mis poblados y mis habitantes!

¡Mis ríos están dormidos durante el verano; pero en el invierno despiertan turbulentos, capaces de llevarse los más grandes y robustos árboles de las montañas...

¡Mis bellas playas son famosas!...

Con mis valiosas maderas se enriquecen quienes se dedican a extraerlas de mis frondosos bosques...

Es mi Provincia una de las zonas ganaderas más importantes de Costa Rica. En las enormes y valiosas haciendas de ganado, las hermosas pampas se cubren de abundantes pastos para engorde; se dan los granos en abundancia y de alguos de éstos se recogen hasta tres cosechas al año; el ganado vacuno, caballar y cerdoso, las aves de corral y bellos pájaros, se crían como una bendición de Dios.

Y en mi Cordillera Volcánica se encuentran riquísimas minas de oro...

Mi ciudad cabecera es Liberia, que está situada a las orillas del río de su mismo nombre y su suelo está cubierto de una tierra blanca, calcárea, por lo que le han llamado la Ciudad Blanca, donde sus casas pintadas también de blanco rivalizan con la blancura del suelo, y en las noches de luna, su cielo estrellado se pone límpido y envuelve a la ciudad en un ambiente de ensueño, de ilusión y de encanto... ¡De pronto, las alegres marimbas lanzan al aire sus vibrantes notas y los "uipipías" regocijantes de los campesinos nos hacen darnos cuenta de que estamos en tierra firme y no en el país del ensueño!...

ALAJUELA.—¡Soy la Provincia de Alajuela, reclinada en las faldas del volcán Poás, este coloso que, cuando quiere, hace soñar a los visitantes presentándoles su maravilloso panorama en los amaneceres deslumbrantes y llenos de sol, de alegría y de encanto. Y también sabe rugir causando espanto y llenando el ambiente de inquietud, y al que todos pueden admirar gracias a la magnífica carretera que llega cerca de él!...

Mi ciudad cabecera lleva mi mismo nombre: ¡Alajuela! ¡Con su sano y delicioso clima; con su pura, fresca y abundante agua; donde las mañanas espléndidas, llenas de sol, de luz y de alegría y sus tibias tardes con sus bellísimas e imponentes puestas de sol, hacen de esta tierra pintoresca un paraíso para niños, enfermos y ancianos. Es tradicional en mis hijos la franqueza, la lealtad y la hospitalidad...

También esta bella ciudad tiene la gloria de ser la cuna del inmortal Juan Santamaría, héroe insigne que ofrendó su sangre a cambio de la Soberanía para nuestra amada Patria Costa Rica...

HEREDIA.—Represento a la Provincia de Heredia, símbolo de progreso, de paz y de trabajo, donde todos mis habitantes se preocupan por mi mejoramiento moral, material y espiritual...

Soy una de las cuatro provincias centrales del país; por la topografía y fertilidad de mis tierras, tengo el privilegio de producir uno de los mejores cafés del mundo que es la principal riqueza de Costa Rica... Hasta mí llegan año tras años los jóvenes que tienen vocación por la enseñanza para graduarse en mi Escuela Normal.

CARTAGO.—Represento a la Provincia de Cartago. Mi cabecera es la Noble y Leal ciudad de Cartago, de excelente clima... Mis habitantes se preocupan por mi embellecimiento y adelanto.

Estoy situada a los pies del volcán Irazú que se yergue majestuoso cual centinela inquieto; todos los visitantes pueden llegar a admirarlo, gracias a la magnífica carretera.

PUNTARENAS.—Soy la Provincia de Puntarenas y tengo por cabecera la ciudad de mi mismo nombre, el principal puerto del Pacífico en Costa Rica, por donde entran muchos artículos que el país necesita, y por donde también salen los productos que se exportan y que se convierten en oro que viene a nuestra tierra...

He ganado mucho con el Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, y con las plantaciones de bananos de Parrita, Quepos y Golfito...

En el verano, cuando muchos de los habitantes de Costa Rica me visitan en busca de mis bellas playas, de mis frutas, de mis diversiones unos, otros en vía de salud o de descanso, me siento de fiesta... ¡Entonces me visto con mis mejores galas y hasta el mar que me baña parece comprender que nos visitan, porque entonces es más bello, sus espumas son más blancas, y el límpido cielo azul me cubre con su manto dándome un aspecto tropical y encantador!...

LIMÓN.—Me llamo la Provincia de Limón, donde son famosos mis cicales, mis banales y mis cacaotales...

El profundo mar que me baña, nos trae barcos de le-

janos países con sus productos, sus adelantos, su cultura y su civilización...

Mis habitantes han hecho de mi ciudad cabecera un bello y sano puerto para su comodidad y para solaz de los visitantes...

SAN JOSÉ.—Me he quedado de última porque he querido oír primero todo lo que vosotras, queridas hermanas, habéis contado, deseosa siempre de ayudaros porque represento a la Provincia de San José, en la cual se encuentra la ciudad de San José que es la Capital de la amada Patria costarricense, en la que tienen su asiento todos los Poderes de la República, y donde se lucha por el mejoramiento y prosperidad de todo el hermoso territorio costarricense.

REINA DE LAS HADAS.—¡Soy la Reina de las Hadas!...
¡Mi reino es el de la Felicidad y el de la Paz!...

He venido a celebrar con vosotras este feliz acontecimiento del 25 de julio...

¡Oh bellas provincias que unidas formáis la noble Costa Rica, deseo que seáis felices y que en vuestro territorio sigan imperando la Libertad, la Paz y la Prosperidad!...

(Las Provincias contestan a la Reina de las Hadas con una reverencia bien marcada.)

SAN JOSÉ.—¡Gracias Majestad!...

CUADRO SEGUNDO

ESCENA SEGUNDA

A los primeros acordes del Himno Nacional aparece la niña que representa a Costa Rica acompañada de los campesinos, como ya se dijo al principio. Todas las provincias se cogen la puntas de sus faldas y le hacen a Costa Rica una reverencia con mucha gracia.

SAN JOSÉ.—¡Salud, oh bella y noble Costa Rica!

COSTA RICA.—¡Os deseo muchas felicidades!... ¡Es para mí muy agradable dirigirme a vosotras hoy que es una fecha inolvidable y gloriosa, porque la bella y productiva Provincia de Guanacaste quiso pertenecer a mi territorio por su propia voluntad!...

Esto me hace sentirme orgullosa tanto de ella como de mis hijos, que mucho aman a su tierra y sólo espera el esfuerzo de los labradores para darnos exquisitos frutos.

Contribuyen así al adelanto y a la bonanza del país, donde ha sido tradicional la paz, la libertad, el amor al trabajo y al apacible hogar; y saben cambiar toda esta bella tranquilidad por ardor y heroísmo cuando mi soberanía se encuentra en peligro!...

¡Ahora, para celebrar tan hermosa efemérides como es la del 25 de julio, mis hijos bailarán el Punto Guanacasteco, dándole alegría a esta tierra feliz que sólo en Costa Rica se puede encontrar!...

(Baja lentamente el telón mientras los clarines tocan "A LA BANDERA DE COSTA RICA" de J. J. Vargas Calvo.)

CUADRO TERCERO

ESCENA TERCERA

Sube el telón a los primeros acordes de nuestro imponente Himno Nacional y aparecen en la gradería Costa Rica, las Provincias, la Reina de las Hadas y las parejas típicas costarricenses colocadas artísticamente a manera de cuadro plástico. Únicamente las provincias ostentan sus principales productos en este cuadro. A las primeras notas del alegre Punto Guanacasteco comienzan a bailar las parejas típicas esta danza.

Al terminar el baile salen de escena las parejas de campesinos, y a toques de clarines de "A LA BANDERA DE COSTA RICA" cae finalmente el telón.

COPLAS PARA EL "PUNTO GUANACASTECO"

— I —

¡Para la mujer que adoro
tengo carreta y un rancho,
un maizal y un frijolar
que son mi mejor tesoro!

— II —

¡Para ver morenas guapas
hay que venir a mi tierra
y aquí tienen la muestra,
la más linda de estas pampas!

— III —

¡Cuando sales de mañana
y todo el campo está oscuro,
los luceros de tus ojos
todo, todo lo iluminan!

— IV —

¡Cuando sales de mañana
tienes las mejillas rojas,
como flores de montaña
o un manojo de rosas!...

NUESTRO PAIS

Es un estudio de Geografía Patria en que el niño costarricense encontrará un plan completo que lo dirigirá en su iniciación y en sus investigaciones personales en relación con el conocimiento de nuestra patria.

NUESTRO PAIS

PRESENTA la Geografía de Costa Rica bajo un plan psicológico, encaminado a captarse el interés del pequeño lector.

NUESTRO PAIS

FUE DECLARADO Texto Oficial el día 11 de Junio, según acuerdo que publica el diario oficial de ese día.

Por error fué omitido en la lista de libros remitida a las direcciones escolares.

Pero puede y debe pedirse
a Almacén Escolar.

Librería ESPAÑOLA

SAN JOSE — AP. 314
